

DÍA DE GÓNGORA 2019

Rafael Ballesteros

Premio de las Letras Andaluzas Elio Antonio de Nebrija

Los tres poemas aquí publicados, inéditos, forman parte de un libro prácticamente ya casi cerrado y definitivo que se titulará *El arcón de Góngora*. Son los poemas 1, 2 y 4 de un total de quince que sumarán aproximadamente, en su conjunto, poco menos de mil versos. Mi idea, todavía no definitivamente cerrada, es unir, para su publicación, este libro con otros dos: el primero de ellos se titularía *Conviviocon* (un solo poema que no llega a los doscientos cincuenta versos, ya terminado) y un segundo, todavía sin conclusión, titulado probablemente *Doce estatuas negras*, y que, por ahora lo constituyen un total de veinticinco poemas. Dicha publicación unitaria (todavía sin título) quizá se abra a un cuarto libro que acabo de iniciar y que como todo comienzo constituye en sí mismo una grave acumulación de dudas e incertidumbres. De esas que nunca terminan por dirimirse pero que constituyen la base esencial de nuestros trabajos y quehaceres de escritor.

POEMA 1

¿Cuál el precio que has de pagar
a ese mudéjar sucio
y cojo por este arcón
de hierro y mármol?

¿Qué sabe de ti
para hacerte cosa
cualquiera
(sea una cuenca de cobre,
un anafre, esa gorgorilla,
el cinto de cordobán)
que pueda merecerte?

¿Tal vez quizá
imaginarse pueda
tu destemplanza,
la ausencia que de ti
siente tu vida
ese resbalo lento del pájaro
oscuro
desde el astro alto
hasta la piedra,
todo
lo que de fijo,
tan movable,
tiene el mundo?

Y si
el aceite carnososo
de tu asco,
resbala
calza abajo, carne ayuso,
y se embolsa a tus pies,
¿sabe, acaso, el mudéjar?

¿Siente
la última vibración
(caside cítara y vihuela)
en tu pupila
cuando dudan los dados,
y tiembla el maravedí?

¿Sabe del temblor de tus marfiles,
de los velos de seda y oro
con que te ocultas
mostrándote?

Sí, me dijo que se llama
Palafox y hace arcones
a hidalgos y señores,
pero ¿en qué son ellos
semejantes a ti,
tú, donador de la brisa
y la pulcritud,
soberano de lo diáfano

tú, que rozas con lo ínfimo
lo infinito,
y tu claror se expande espléndido
desde el pequeño huerto
al inmenso universo?
¿A ti
que el todo desconocido
es tuyo,
y lo hiciste tan cosa tangible
como el higo, la azuela
o el xilguero?

El mundo
no debe ajustarse
de ese modo: justo no es
que se ponga en bruma
a quien nos ofreciera
la claridad de lo visible,
y no dar ni siquiera una mija
de conmiseración
y de esperanza
a aquel que con su gubia
y la palabra
hizo a la tierra
más hermosa
y menos despiadada.

POEMA 2
Procesión en Valladolid.

Lo veo al otro lado
de la acera, en la noche
lluviosa
ahora serena y límpida,
de negro paño vestido,
casi arpillera apurgarada,
junto a la Merced, cabe al Palacio,
(mil disciplinantes de póstulas
y arañas
y seiscientas antorchas
que enturbian más la noche),

el Rey tras las vidrieras
y la Infanta con él:
Viernes Santo.

Aullidos
por los cénagos
arrimos del Pisuerga.

Cada hachón que pasa,
como el bitumen,
es un destello
en su ojoturbio y bruno.
Son miera y trementina
su presencia y maneras,
su rostro y apariencia.

El perro cruza
y ambos miramos
su indigencia, su escolpio
hambriento, su agrio
saliveo, su delirio
fangoso.

Y arriba
la luz vahída, los astros
que fulgen también
ansiosos
en el cielo impasible
y pérfido
de la noche.

POEMA 4

Yo mismo sé que estuve.
Allí, en el hueco
de nada, en el residuo
parco, en el mismo piso
de grumo, bajo
el mismo candil.

No. Don Góngora voló:
soturno por ser exacto, explícito
y donador de tan oscuro, endrino

por ser humano, lumínico por tapado,
y aguerrido y valiente por oculto.

Abrió las alas de su corazón
y curvó por las cintas alzadas
de los huertos,
las rayas de la mar (branquia
del mundo)
bebió y sorbió
y rozó radiante del membrillo
su apresto por las ingles.

Iba azogado, luciente, jubiloso:
un niño de piernas combas
todavía,
un mozo trastabillo de albercas
y mollejas.

Murmuraba palabras de sangre,
y miraba a los altos
buscando resplandor y taraceas,
láudano para sus ojos.

Yo lampaba
entre la tierra por la fanga materia
primordial,
la avena calda del primer pan,
y todo alzarlo
quería todo,
hasta su boca, de vuesa merced,
buscar en ella
la verdad de la belleza
y allí
esa saliva esperma
que comprarían con oro los poetas.